BREVE HISTORIA DE
JULIO CÉSAR

Miguel Ángel Novillo López

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Julio César
Autor: © Miguel Ángel Novillo López
Director de colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Onoff Imagen y comunicación

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-033-1

A mis padres, Eugenio y María,
porque mi historia no hubiese sido la misma sin ellos.

Índice

Prólogo 13

Introducción 19
La historia de un arquetipo 19
Fuentes 22
La historiografía clásica 23
La historiografía posterior 26
Otras fuentes 30

Capítulo 1. El entorno político y social 33
El contexto histórico 33
Los orígenes familiares de Cayo Julio César 43
Los inicios de Cayo Julio César 45

Capítulo 2. Construyendo al líder 55
La cuestura 55
La edilidad 60
El pontificado máximo 62
La conjuración de Catilina 63
La pretura urbana y el escándalo de la *Bona Dea* 66
La propretura 69

Capítulo 3. Del triunvirato al consulado..... 79
El monstruo de las tres cabezas:
el Primer Triunvirato..... 79
El consulado de Julio César..... 86

Capítulo 4. Concentrando el poder:
la conquista de las Galias..... 101
Introducción..... 101
La primera amenaza: los helvecios..... 104
La ambición de Ariovisto..... 107
La beligerancia de los belgas..... 110
Las campañas navales contra los vénetos.. 112
El genocidio de usípetes y de téncteros..... 114
Un nuevo frente: Britania..... 117
La última venganza gala: Vercingétorix.... 120

Capítulo 5. La República agoniza..... 131
Introducción..... 131
Un agitador sin principios: Clodio..... 134
De la Conferencia de Luca al estallido
de la crisis..... 135

Capítulo 6. Del Rubicón a Munda:
la Guerra Civil..... 149
La marcha sobre Roma..... 149
La batalla de Ilerda y el dominio
de la península ibérica..... 154
El encuentro de Pompeyo:
de Dirraquio a Farsalia..... 158
De Alejandría a Zela..... 163
África..... 170
La resistencia continúa:
de nuevo la península ibérica..... 174

Capítulo 7. La dictadura y
el programa cesariano..... 183
Honores y medidas de un dictador..... 183

Colonización y municipalización cesariana: el caso de la península ibérica 189
Introducción 189
La difusión del modelo de la *civitas* romana 193
Las colonias cesarianas..... 197
Los municipios cesarianos 204
Las denominadas comunidades de derecho latino 209

Capítulo 8. Último acto. Los idus de marzo..... 211
La conjura y la dinámica del cesaricidio.... 211
La nueva Roma 221

Epílogo. La trascendencia de un hombre llamado Cayo Julio César 235

Anexo 1. Julio César escritor..... 243

Anexo 2. Julio César en el cine..... 251

Anexo 3. Genealogía..... 255

Anexo 4. Las mujeres en la vida de Julio César .. 257

Anexo 5. Cronología..... 259

Anexo 6. Glosario 267

Bibliografía..... 277

Webgrafía..... 283

Prólogo

El tenso período final de la República romana (509-29 a. C.), abierto por los hermanos Tiberio Graco y Cayo Graco a finales del siglo II a. C., se concluyó cien años más tarde con el establecimiento de un nuevo régimen con el primer emperador Augusto, hijo adoptivo de Julio César, en el 29 a. C. La complejidad política de esa época viene siendo objeto de interpretaciones diversas ya desde los autores antiguos, cercanos a los acontecimientos que relataban. Fue un período durante el cual hubo que cambiar muchas formas de gobierno exprimiendo todas las posibilidades que daban las instituciones existentes.

Para ese difícil juego de cambios políticos, hubo que acudir al apoyo del ejército, de las capas populares de Roma y de la ayuda, siempre precisa, de las poblaciones de Italia y de las provincias, es decir, de poblaciones que no siempre tenían conocimientos sobre las claves centrales de aquello por lo que luchaban. No puede olvidarse que el Estado romano de esa época incluía ya, además de toda Italia y sus islas, la mayor parte de los territorios de la península

ibérica, una parte de las Galias, todo el antiguo mundo griego, Asia Menor y gran parte de los territorios del norte de África. Y la política expansionista romana estaba orientándose a la sumisión de todas las Galias así como a la incorporación del reino de Egipto.

En ese complejo contexto político se fueron conformando en Roma dos marcadas tendencias políticas: la de los *populares*, que pretendía imponer la superioridad de las decisiones de las asambleas sobre el Senado, así como la defensa de los intereses de las capas populares; los *optimates*, en cambio, apoyaban y se amparaban de modo particular en el Senado, además de defender los privilegios de las capas superiores. Ahora bien, ninguna de las dos tendencias ofrecía las fórmulas perfectas para una correcta gestión política y administrativa sobre poblaciones de lenguas, culturas y tradiciones muy variadas. De ahí que, en el marco de ese aparente juego democrático de *populares* y *optimates*, comenzaran a surgir líderes que iban paulatinamente rompiendo los moldes del sistema político tradicional.

Durante las primeras décadas de las tensiones políticas, entre las últimas décadas del siglo II a. C. y la dictadura de Lucio Cornelio Sila en el 80 a. C., los grandes personajes políticos siguieron la vía fácil de marginar o eliminar a los contrarios con el apoyo del ejército. Lo hizo primero Cayo Mario y, más tarde, Sila: ambos llegaron a entrar en Roma con el ejército, rompiendo así un viejo principio sagrado de reservar la ciudad para las contiendas políticas.

En un panorama marcado por las dificultades y las tensiones políticas, entran después en escena otros grandes líderes como Cneo Pompeyo, Marco Licinio Craso y Cayo Julio César, quienes decidieron llevar una política coordinada repartiéndose funciones pero agrupados bajo la forma del Primer

Triunvirato, formado en el año 60 a. C. Tal fórmula tuvo una eficacia temporal. Tras la muerte de uno de ellos, de Craso, se demostró que era necesaria una nueva fórmula política que contemplara la hegemonía única de uno de los dos supervivientes. En ese contexto, Julio César jugó bien para hacerse con el mando único del ejército y con el sometimiento del Senado a sus órdenes. Tras su asesinato en los idus de marzo del 44 a. C., se volvió de nuevo a la fórmula triunviral, esta vez con Marco Antonio, Lépido y Octavio, hijo adoptivo de Julio César. La salida de este Segundo Triunvirato se resolvió con el triunfo de Octavio y con la creación del nuevo régimen político, el régimen imperial conocido inicialmente como Principado.

Una biografía sobre Julio César, como la presentada ahora por Miguel Ángel Novillo López, buen conocedor de esa época, es necesariamente un relato minucioso sobre uno de los períodos clave del pasado romano. Como se cuenta en esta obra, Julio César tuvo la genialidad del gran político: no le bastó con disponer de un proyecto político global, supo medir los tiempos, las formas y los recursos para llevarlo a cabo. Como defiende el autor, Julio César, al sumarse al Primer Triunvirato, comenzó a conquistar las voluntades políticas de una parte del Senado, pero también del apoyo de las capas populares a favor de las cuales fue tomando medidas que les favorecían. Con el encargo de completar la conquista de las Galias, tuvo la oportunidad de erigirse en un indiscutible líder militar. Fue demasiado tarde cuando un amplio sector conservador del Senado intentó relegarlo a la vida privada: Julio César cruzó el Rubicón, controló la ciudad de Roma, se hizo con un Senado fiel y todo ello manifestando una gran clemencia con sus antiguos enemigos. Su gran genialidad residía en haber

sabido salvar lo básico de las viejas instituciones (Senado, consulado, magistraturas, asambleas), pero orientándolas para actuar e intervenir en el marco de la existencia de un poder superior unipersonal.

Hay algunos datos sobresalientes que desvelan la gran capacidad política de Julio César. Así, supo eliminar la gran presión social y política de las amplias capas de la población de Roma: tras situar fuera de ella a una parte considerable de esa población asentándola en nuevas colonias, mayoritariamente en las provincias, tomó otra medida complementaria como la de obligar a que el Estado se comprometiera con ayudas económicas para el resto de la población necesitada de Roma. Añadiendo a ello la celebración de juegos y espectáculos gratuitos, desarmaba gran parte de las causas de las constantes protestas de esa población. Julio César les hacía saber además que esos pocos que quedaban en Roma no representaban los intereses de las capas populares de todo el Imperio y, por lo mismo, que las decisiones de sus asambleas no podían tener el valor que habían recibido en épocas anteriores. La vía para los juegos democráticos quedaba ahora en el ámbito de las ciudades de Italia y de las provincias, donde los magistrados eran elegidos anualmente y donde los ciudadanos podían ejercer todos los derechos de ciudadanos e incluso gozaban de la protección de la justicia local. Los gobernadores de las provincias eran nombrados por el propio Julio César y por el Senado tras el visto bueno del primero. Y la composición del Senado dejó de depender de cualquier veterano senador: Julio César siguió la vía abierta por Sila en virtud de la cual él o quien pudiera sucederle tenían la capacidad de revisar las listas del Senado. Así, a través de estas y otras medidas, como manifiesta el autor a lo largo de la presente obra, manteniendo las formas

políticas antiguas, se había creado una nueva modalidad de poder y de gobierno en la que no cabían conflictos entre *populares* y *optimates*, y en la que los provinciales, muchos de ellos ya ciudadanos romanos o latinos, podían tener también su voz y su capacidad de intervención en los asuntos públicos. Ya no era posible hablar de una Italia de ciudadanos romanos y latinos que gobernaba y esquilmaba a provinciales de segunda categoría; el gobierno central supervisaba la buena gestión de los gobiernos provinciales y los miembros de esas provincias tenían el derecho de protestar ante cualquier tipo de abuso de los gobernadores.

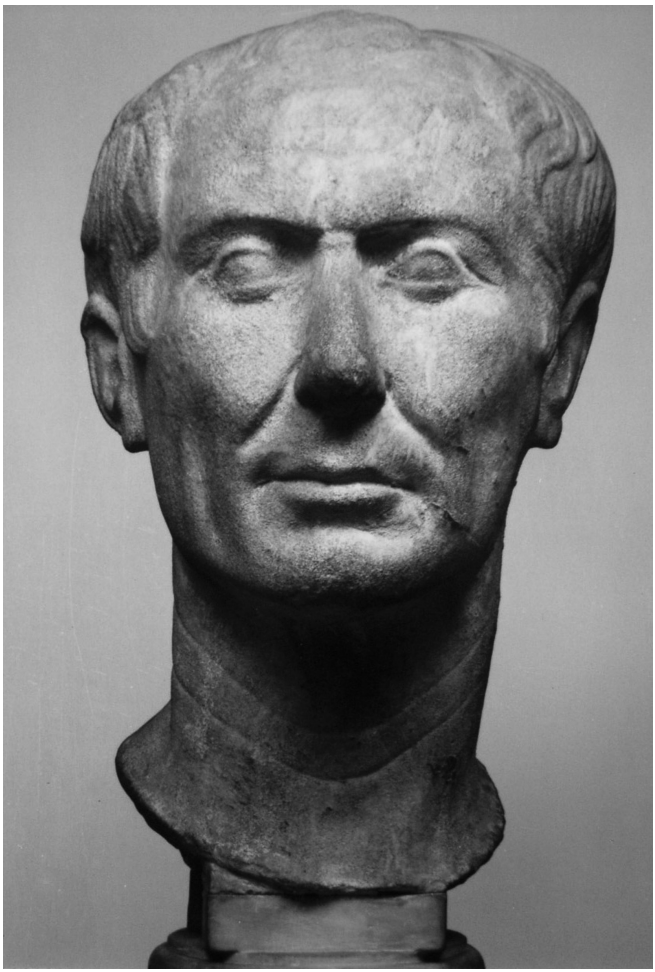
Una biografía sobre Julio César como la que ahora tiene el lector ante sí recoge precisamente los componentes más significativos de lo que fue un cambio de modelo político. En consecuencia, este libro presenta una información actualizada, buscando siempre el modo más accesible de mostrar las teorías más recientes en torno a la vida y obra de Julio César. El primer emperador, Augusto, no tuvo más que consolidar y completar las grandes líneas de la trayectoria política cesariana. El Imperio, como dice el autor, fue un legado político de Julio César.

Julio Mangas
Catedrático de Historia Antigua
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

La historia de un arquetipo

Varios de los protagonistas de la Antigüedad han sido tan trascendentales por su figura y obra que han sido objeto de estudio de muy diversos tipos hasta convertirse en iconos políticos o socioculturales con los que hombres de distintas épocas han tratado de identificarse para justificar sus fines. Si hubiera que identificar a la antigua Roma con uno de sus hombres más célebres, sin duda este sería Cayo Julio César, hombre cuyo carácter estuvo siempre marcado por sus logros, pero también por la codicia y la presunción, con quien Napoleón Bonaparte, Napoleón III, Mussolini, Stalin o Hitler han tratado de igualarse. De hecho el término *Caesar* es más que universal. Su hijo adoptivo, Cayo Julio César Octavio Augusto, se convirtió en el primer emperador de Roma adoptando el nombre de César en su nómina. El linaje familiar se extinguió con Nerón en el 68 d. C., aunque todos los emperadores posteriores siguieron adoptando el



Julio César hallado en Tusculum,
monte Túscolo, al noreste de Frascati, Italia.

título de césar como un título que simbolizaba el poder supremo y legítimo sin necesidad de vínculos sanguíneos o de adopción. Pero no sólo fue adoptado en la nómina de los posteriores emperadores romanos, sino que de la propia raíz latina *Caesar* derivaron las palabras *kaiser* para designar a los dirigentes germanos o *zar* para hacer lo propio con los rusos o los búlgaros.

Su carácter estuvo siempre marcado por sus logros pero también por la codicia y la presunción. Desde su muerte en los idus de marzo del 44 a. C., ha sido considerado como el gran líder popular y el político revolucionario que sentó las bases del futuro sistema imperial y de la cultura occidental erradicando el sistema republicano. A pesar de ello, no fue en ningún momento emperador, ya que el régimen imperial comenzó con su heredero en el poder. Igualmente, ha sido identificado como el paradigma del estadista y del correcto conquistador militar, como uno de los intelectuales más brillantes en lengua latina, como el jurista que promulgó las leyes sobre las que se sentó el posterior Derecho Romano y como un gran reformista jurídico-administrativo. En lo político fue pragmático y un hombre de Estado que terminó por adoptar el cargo supremo de la República romana, convirtiéndose en monarca de facto a pesar de no aceptar el calificativo de rey.

Fue también un hombre que primó siempre la moralidad por encima de todas las cosas, aunque en probadas ocasiones siguió un comportamiento amoral y despiadado. Era orgulloso y vanidoso en cuanto a su apariencia hacia los demás, amigo del pueblo y clemente con sus enemigos y derrotados. Curiosamente, fue su comportamiento piadoso lo que lo condujo a morir asesinado por aquellos a quienes había perdonado.

Por tanto, son múltiples y excepcionales las cualidades que han permitido construir la leyenda de un hombre único que, a diferencia de otros, no alcanzó la gloria hasta la madurez, y cuya insólita y espléndida carrera ha causado siempre controversias.

El lector tiene ante sí una obra cuyo propósito principal consiste en el análisis, desde diversas ópticas y utilizando una gran diversidad de fuentes, de la figura y obra de Julio César en el contexto político, social, económico, cultural y jurídico-administrativo del siglo I a. C. Esta es una obra alternativa de síntesis y de carácter divulgativo, aunque no por ello falta de rigor científico y metodológico, cuya atención se centra en todo momento en el militar romano y, por lo tanto, no pretende aportar un relato íntegro y exhaustivo de la totalidad de los episodios ocurridos durante el siglo I a. C., si bien muchos de estos son comentados de forma sumaria y cuyo conocimiento el lector podrá ampliar con la bibliografía que se presenta al final. No obstante, se abordarán cuestiones poco tratadas hasta ahora como la presencia cesariana en la península ibérica, la importancia de Julio César como uno de los escritores más notables de la literatura latina, las relaciones clientelares y de amistad, los efectivos militares y su estrategia, el programa colonizador y municipalizador, las relaciones amorosas o el significado y repercusión de dicho personaje en la posteridad.

Fuentes

Tanto Julio César como su contexto ofrecen dificultades abrumadoras para cualquiera que se adentre en su conocimiento, y miles son los estudios y las investigaciones existentes. Tal volumen de títulos permitiría suponer que ya está dicho todo

sobre él, pero, sin embargo, tan sólo existe una multiplicidad de visiones históricas que han configurado diversas interpretaciones de un mismo personaje.

La historiografía clásica

El siglo I a. C. es uno de los períodos que dispone de mayor volumen de documentación escrita aunque, paradójicamente, esta no siempre es pareja en todos los sucesos relatados y no siempre proporciona una información detallada. Los textos de los autores clásicos pueden ofrecer una imagen positiva o negativa de Julio César, por lo que la mayor parte de la documentación se ve soslayada por la posición política que sus autores tomaron en un momento o en otro. Era la enriquecida élite romana la que generalmente escribía. El progresivo ascenso de Julio César trajo consigo la reducción del poder de aquella, razón por la que muchos textos eran auténticas críticas y represalias contra su figura.

La mayoría de la información corresponde a la obra de autores que vivieron en épocas posteriores a los acontecimientos narrados, aunque también contamos con relatos escritos directamente o indirectamente por sus protagonistas.

Las fuentes escritas de mayor preeminencia son los *Comentarios a la guerra de las Galias* y los *Comentarios a la Guerra Civil*, ambos del propio Julio César que, escritos de forma simultánea a los hechos narrados, suponen escritos de justificación y propaganda de las acciones cesarianas en materia político-administrativa. Por otro lado, el *Corpus caesarianum* (*Guerra de Alejandría*, *Guerra de África* y *Guerra de Hispania*), cuya autoría se atribuye al oficial cesariano Hircio o incluso asimismo a Julio

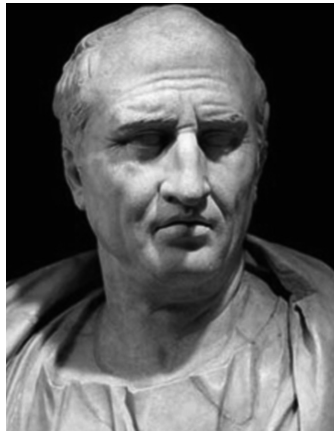
César, tuvo un fuerte raigambre propagandístico favorable a la figura de nuestro personaje.

La heterogénea producción literaria de Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.) aporta indirectamente gran cantidad de información relativa a la política, la sociedad, la cultura, la jurisprudencia o la economía, aunque en realidad nos informa muy de pasada de las condiciones y aspiraciones de las clases más desfavorecidas. El compendio de los discursos y de las cartas ciceronianas representa una fuente de primer orden para el conocimiento de los hechos, aunque el concepto que guarda de los protagonistas del período evoluciona o se deforma en función del propio devenir de los acontecimientos.

Contemporáneo de Julio César fue Salustio (86-34 a. C.), y son *La conjuración de Catilina* e *Historia* las obras que, aunque incompletas, más relación guardan con aquel. Salustio escribió con el beneficio de la visión retrospectiva, y su posición hacia el militar romano registró distintas variaciones a lo largo de su obra.

Varios pasajes de la obra del geógrafo griego Estrabón (64 a. C.-24 d. C.), *Geografía*, hacen alusión a la condición jurídica de varias ciudades afectadas por el programa administrativo cesariano y a momentos puntuales de la guerra civil.

Asinio Polión (75-4 a. C.) se declaró partidario acérrimo de Julio César y combatió en las campañas italianas y africanas esperando participar del botín. Sin embargo, no hubo tal y al verse defraudado juró venganza. Una vez muerto el dirigente romano, dedicó su venganza a escribir contra él criticando todas sus gestiones y elogiando las de su sobrino-nieto Octavio. Esta tendencia fue heredada en cierto modo por Suetonio (70-140), cuya obra tuvo un carácter esencialmente anecdótico donde no dudó en criticarlo como tirano y monarca. Aunque muchí-



Pese a las buenas relaciones que mantenía con César, Marco Tulio Cicerón, el mayor de los oradores de Roma, se enfrentó al programa cesariano defendiendo los tradicionales valores republicanos. Busto de Marco Tulio Cicerón en mármol. Museos Capitolinos, Roma.

simo más moderada, esta directriz fue adoptada por Apiano (95 - siglo II) en su *Historia*, por Nicolás de Damasco (siglo I) en *Vida de Augusto*, por Veleyo Patérculo (19 a. C. - 31 d. C) en *Historia romana*, o por Valerio Máximo (siglo I a. C. - siglo I d. C.) en *Hechos y dichos memorables*.

Aunque fragmentarios, los resúmenes de Tito Livio (64 a. C. - 17 d. C.), *Periocas*, o de Eutropio (?-399) con su *Breviario* permiten completar algunos detalles desconocidos sobre las actuaciones cesarianas.

La actividad de Julio César se conoce al detalle gracias al legado de obras poéticas como la *Farsalia* de Lucano (39-65), donde no se le concibe como un héroe pero tampoco como un villano, describiéndolo como un hombre dotado de cualidades especiales y sobrehumanas, y desacreditándolo por su comportamiento sangriento y despiadado.

La obra de Plinio (23-79), la *Historia natural*, como posteriormente la *Chorographia* de Pomponio Mela (siglo I) representan la fuente esencial pa-

ra conocer la condición jurídico-administrativa de las comunidades afectadas por la administración cesariana.

Fuente de primer orden es también la biografía escrita por Plutarco (46-120), cuya obra ha de concebirse como una descripción moralizante del contexto histórico en el que se deben encuadrar los comienzos de la carrera política de Julio César.

Finalmente, Dión Casio ofrece en su *Historia* la versión oficial de los hechos con el contraste de los intereses políticos que estaban en la base de los conflictos políticos y sociales.

La historiografía posterior

La historiografía posterior a la época romana ha sido unánime al destacar el papel tan decisivo que Julio César tuvo en el devenir histórico. Igualmente, no sólo ha sido el paradigma de historiadores y biógrafos clásicos y modernos, sino que su obra y su personalidad han sido también objeto de investigación por parte de filósofos, filólogos, epigrafistas, arqueólogos, escritores, sociólogos o artistas que han dedicado sus investigaciones a tratar de despejar de una forma clara y concisa los distintos aspectos de su vida y obra.

En este sentido, los primeros estudios no se centraban en la interpretación de los hechos, sino en cuestiones de carácter secundario. Ya en el siglo XIV, el poeta italiano Dante (1265-1321) comenzó a sacralizar su figura, mientras que el humanista, también italiano, Petrarca (1304-1374) lo presentó como un tirano dignificado. En 1599, Shakespeare (1564-1616) lo mostró en la obra teatral *Julio César* no como un tirano sino como un magnífico hombre

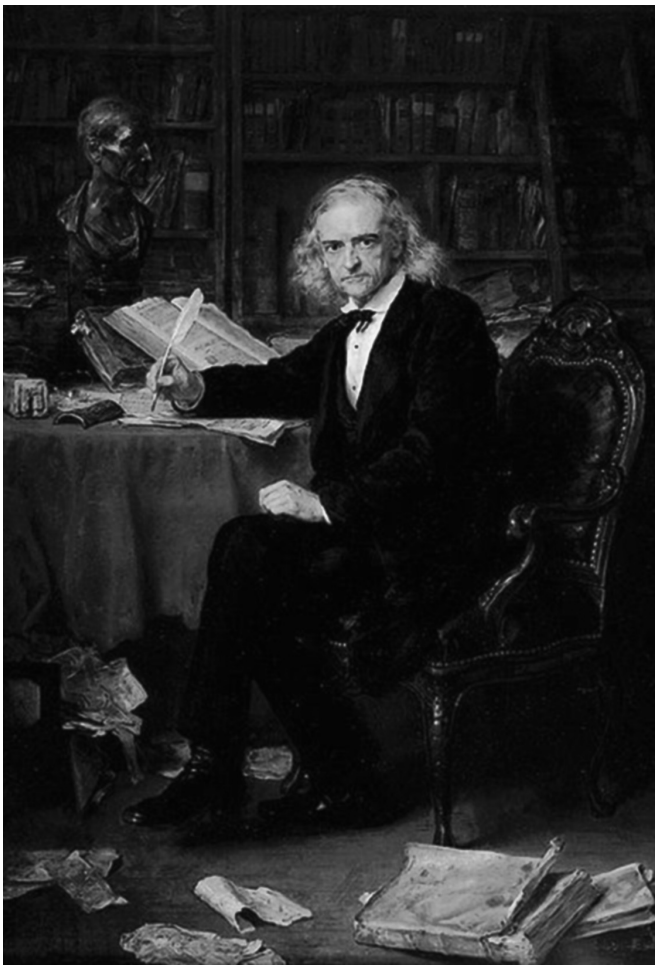
y político que con su muerte debía hacer frente a su propia historia.

La imagen positiva dominó durante la Edad Media. Durante esta época fue interpretado como el primer emperador y gran artífice militar, visión que se acentuó aún más en el Renacimiento italiano o en la Francia imperial de comienzos del siglo XIX.

A partir de la Ilustración y de la Revolución francesa se registró otra imagen dominada por el llamado pesimismo republicano.

Entre los defensores de sus gestiones, Leopold von Ranke (*Historia universal*, 1881) lo definió como un semidiós capaz de construir desde la legalidad un nuevo régimen casi perfecto. Pero sin duda, Theodor Mommsen (*Historia romana*, 1856) fue el primer gran defensor de la obra de Julio César, definiéndolo como el salvador de un régimen republicano sumido en la corrupción, la demagogia, la manipulación y la facción, viendo un paralelismo entre la Roma del siglo I a. C. y la Prusia que a él le tocó vivir. Lo consideró un hombre adelantado a su tiempo, social, mediador, correctísimo estratega y magnífico político. Para Mommsen, el militar romano estimuló la transición de República a Imperio mediterráneo, considerándolo como un legislador heroico.

En el lado opuesto destacan historiadores como Edgard Meyer o Mathias Gelzer. En la obra del primero (*La monarquía de César y el principado de Pompeyo*, 1918), influenciada por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, se ve a un Julio César que no tuvo ideales y que luchó únicamente para consolidarse en el poder. Por su parte, Gelzer (*César. El político y el hombre de Estado*, 1921) lo presenta como un hombre que quebrantó la estabilidad del régimen vigente hasta entonces, reconociendo su gran capacidad como estadista y como gran hombre de Estado.



Theodor Mommsen utilizó como método de estudio la crítica filológica y la arqueología convirtiéndose en el primer gran defensor de la gestión cesariana. Retrato realizado por Ludwig Knaus en 1881.

A comienzos del siglo XX, Hermann Strassburger (*César y la historia*, 1935) lo presenta como el último republicano y, al mismo tiempo, como el fundador del sistema imperial.

Una imagen más positiva es la aportada en la década de los ochenta del siglo XX por Christian Meier (*César*, 1989), quien considera que la crisis vivida por nuestro personaje fue una crisis sin alternativa en la que la aristocracia manipulaba a la plebe en su propio beneficio.

Dentro de la producción historiográfica francesa, Jérôme Carcopino (*Julio César*, 1935) lo presenta como el hombre que iba a poner fin a las corruptelas y a la crisis dando lugar al nuevo Imperio. También destaca la obra de Yann Le Bohec (*César: jefe de la guerra*, 2001), para quien el buen uso de la estrategia fue lo que le permitió a Julio César alzarse con el poder.

La historiografía británica al respecto arranca a mediados del siglo XVIII con la obra del ilustrado Edward Gibbon (*El declive y la caída del Imperio romano*, 1772-1789), en la que señala que la esclavitud fue un factor principal que condujo a la crisis, y que ésta no dependió tanto de las actuaciones de personajes como Julio César sino más bien de la degradación que estaba experimentando el orden senatorial.

La obra de Ronald Syme (*La Revolución romana*, 1939) supuso una revolución al presentar una imagen que rebate las tesis de Carcopino, pues sostiene que todo el mérito de sanear la administración de Roma no fue tanto obra de Julio César, al que en ocasiones tilda de oportunista, sino de Octavio. Para él, Julio César se valió de la distribución de la ciudadanía para conseguir los apoyos oportunos, llegando incluso a considerarle un auténtico demagogo.

Los estudios italianos vienen influenciados por las investigaciones de Arnaldo Momigliano (*Contribución a la historia de los estudios clásicos*, 1979), para quien la crisis era consecuencia de una lucha social entre clases identificando el cesarismo como un régimen basado en la demagogia. Igualmente, también destacan los estudios de Luciano Canfora (*Julio César: el dictador democrático*, 1999), autor de raigambre marxista, que define positivamente la gestión cesariana a través de las fuentes clásicas.

Aunque la historiografía española no presenta un volumen tan amplio como la alemana o la británica, destacan ante todo los estudios de Manuel Ferreiro (*César en Hispania*, 1986).

En el panorama historiográfico pocos personajes han desatado tantas y tan diversas opiniones como Julio César. Así pues, los estudios dignos de mención o bien son antiguos y no comprenden la totalidad de los avances de las variadas fuentes de información o, los más modernos, responden a aspectos parciales y prestan una atención primordial a las noticias de los autores antiguos. Por consiguiente, ante tal diversidad de interpretaciones, se trata en suma de un personaje que ha de ser estudiado con todo detalle y cautela desde una gran variedad de ópticas.

Otras fuentes

Son múltiples los obstáculos que el historiador ha de superar para reconstruir fidedignamente la vida y obra de un personaje tan singular como Julio César. En este sentido, es necesario apuntar que uno de los mayores problemas con los que se topa cualquier investigador es poder determinar las fechas exactas de los acontecimientos, y más cuando se

trata de los referidos al siglo I a. C., debido a que en la mayoría de los casos las fuentes de que se dispone no aportan fechas concretas y detalladas.

Hay muchas más fuentes de información que las puramente literarias. No sólo son las fuentes escritas las únicas que nos aportan información sobre Julio César, ya que para poder alcanzar la reconstrucción más completa y fidedigna sobre su persona se hace necesario recurrir a otras fuentes de muy diversa índole:

•Legislativas: de vital importancia es la información jurídica presente en el *Digesto* del emperador bizantino Justiniano (533); la *Tabula Heraclensis*, que posiblemente forma parte de una *Lex Iulia municipalis* promovida por Julio César en el 45 a. C. para ordenar la administración municipal; la *Lex Rubria de Gallia Cisalpina*, datable entre el 48 y el 41 a. C., que sistematizaba la promoción jurídica de la Galia Cisalpina; o la *Lex Colonia Genetivae Ursonensis*, ley que regulaba jurídica y administrativamente las ciudades hispanas tras el cesaricidio.

•Arqueológicas: aunque es poco probable que las investigaciones arqueológicas alteren lo conocido sobre Julio César, pues estas vienen confirmando lo transmitido por los textos, los datos aportados por la arqueología nos permiten identificar determinadas ciudades indígenas y romanas de las que hablan las fuentes clásicas.

•Toponímicas y topográficas: la toponimia y la topografía permiten identificar territorios que se vieron afectados por la administración cesariana o que fueron escenario de batallas u otros sucesos.

•Numismáticas: las leyendas monetales y de los diferentes cuños y motivos iconográficos nos proveen datos del programa propagandístico, ideológico y jurídico-administrativo cesariano.

•Epigráficas: la información recogida en las inscripciones permite esclarecer los ritmos de monumen–talización de las ciudades, concretar cuestiones relativas al estatuto jurídico, conocer el programa político-administrativo cesariano o conocer el lugar exacto donde tuvieron lugar determinados episodios.

•Prosopográficas: los datos prosopográficos, es decir, los datos de carácter biográfico, son cruciales para el estudio del plano social al tener por fin el análisis de los nombres y personajes de la época.

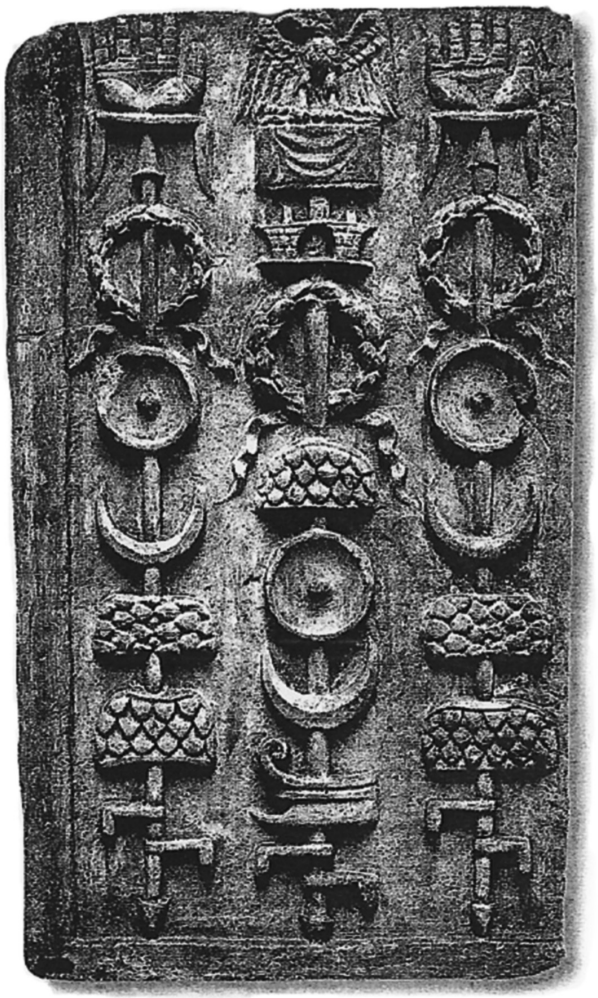
1

El entorno político y social

El contexto histórico

La situación política y social que envolvió la biografía de Julio César estuvo señalada por el desarrollo de una acusada crisis que progresivamente afectaba a la República romana debido a la expansión territorial y las continuas transformaciones institucionales. La crisis fue el resultado de la política de expansión que Roma venía practicando desde el siglo III a. C. y de la inestabilidad, la corrupción, la polarización de la sociedad romana y los desajustes políticos, sociales y económicos que se manifestaron a partir de mediados del siglo II a. C. Esta situación provocaba la inadecuación de las estructuras políticas y administrativas a las nuevas necesidades.

En el plano social, la crisis se caracterizó por una intensa relegación de las clases populares y por las nuevas características de la estructura militar que transformó las relaciones de clientela y amistad. Paralelamente, desde el siglo II a. C. se desencadenó



Insignia militar romana.

un intenso conflicto social entre los propietarios y las clases populares cuya consecuencia inmediata fue el enfrentamiento armado. Los *populares*, que tuvieron en el militar y político Cayo Mario a su paradigma, intentaron poner solución a los problemas sociales existentes mediante una legislación que respondiese a los intereses de las clases sociales más desfavorecidas y que pusiera solución a las dificultades de la pequeña propiedad agrícola. Por otro lado, los *optimates*, que tuvieron al conservador Lucio Cornelio Sila como máximo exponente, defensores de la oligarquía senatorial, de sus propios intereses, de la agricultura latifundista, capitalista y esclava, trataron de limitar la influencia del sector popular negándose a aprobar nuevas leyes que favoreciesen un equilibrio de intereses.

De esta forma, los diversos factores que quebrantaron el desarrollo del sistema republicano se vertebraron en el enfrentamiento entre *optimates* y *populares*. No obstante, no cabe pensar en una disputa entre partidarios de la dictadura y partidarios de la democracia, antes al contario, el enfrentamiento entre ambos sectores no significó la constitución de un gobierno popular frente a un gobierno senatorial, sino una oposición entre el mantenimiento del régimen tiránico de la oligarquía y el establecimiento de la tiranía individual.

Hasta entonces, la República había sido gestionada por un pequeño grupo de aristócratas que gobernaban el Estado en un régimen de auténtica oligarquía. Además, y de forma progresiva, el Senado ejercía un papel rector sobre los magistrados y las asambleas legislativas en los ámbitos de política interior y exterior, mientras que la *nobilitas* estaba monopolizando las investiduras de las magistraturas más altas.

La teoría constitucional republicana recogía el derecho de todos los ciudadanos a participar en la vida política, económica y social, estando abiertas las instituciones públicas a todo el cuerpo cívico. Sin embargo, en la práctica el propio sistema vigente propiciaba los intereses y las voluntades del grupo dirigente. Por lo tanto, la oligarquía ejercía el verdadero control del Estado. Así, el sistema constitucional republicano vigente no presentó una estructura política claramente estable y definida, sino que, por el contrario, sufría continuas transformaciones.

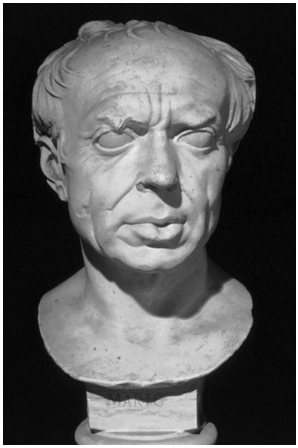
En este panorama, la forma más destacada del poder republicano era la concesión individual del *imperium*, poder que comprendía competencias militares, civiles y religiosas. En este sentido, la dictadura desempeñó un importante papel a pesar de que no se ajustaba estrictamente a la concepción colegiada del poder en aras de la salvación del Estado. Paralelamente, el tribunado de la plebe, colegio de magistrados formado únicamente por plebeyos que podían vetar las leyes si consideraban que afectaban al pueblo, fue entendido como el vehículo de poder por parte de los *populares* para frenar la autoridad y hegemonía del Senado, aunque fue una magistratura utilizada y manipulada indistintamente por *optimates* y *populares* para aumentar su control sobre el Estado.

Por otro lado, el problema agrario se hizo cada vez más acusado debido a que la pequeña propiedad agrícola y la insuficiencia colonizadora estaban atravesando una de sus peores crisis, repercutiendo muy negativamente sobre las capas inferiores de la sociedad romana y conduciendo a la ruina del pequeño campesinado. Según los testimonios de Plutarco y Apiano, el problema agrario venía causado por la concentración de la propiedad agrícola

en manos de los ricos en detrimento del pequeño campesinado. Este fenómeno vino acompañado de la ocupación del *ager publicus*, el conjunto de los suelos públicos, de la compra de grandes extensiones territoriales, de la subida acusada de los precios o de la apropiación de las propiedades colindantes del pequeño campesinado. Este proceso fue paralelo al desarrollo de la esclavitud, a la proletarización campesina, al latifundio, a la especialización agrícola y a una progresiva emigración de la plebe a la ciudad.

La aparición en la escena política a finales del siglo II a. C. de los hermanos Tiberio y Cayo Graco, ambos tribunos de la plebe, trajo consigo el primer gran revulsivo político, económico y social, haciendo del tribunado de la plebe un instrumento de poder, aunque sin *imperium*, contra una oligarquía interiormente dividida. En la política de los Graco se recogía un claro programa de reformas agrarias, políticas, administrativas y militares que buscaba la creación de nuevos asentamientos campesinos mediante el reparto del *ager publicus* entre los ciudadanos romanos desposeídos y la concesión de la ciudadanía romana a toda la población de la península itálica. Sin embargo, las medidas gracanas no alcanzaron el éxito previsto y, tras la muerte de Tiberio Graco en el 133 a. C. y la represión de los partidarios de Cayo Graco en los años 123 y 122 a. C., el protagonismo político fue de nuevo ocupado por los cónsules de turno y los *optimates*.

Pocos años después, los éxitos militares frente al rey númida Yugurta en el 106 a. C. y en el 105 a. C. frente a cimbrios y teutones, tribus germánicas que habitaban la península de Jutlandia y que avanzaban violentamente hacia el sur y el oeste, permitieron a Mario ocupar entre el 104 y el 100 a. C. el consulado. Pudo ejercer así un control total sobre



A pesar de sus orígenes campesinos, Cayo Mario (156-86 a. C.) ejerció una magnífica carrera militar con las victorias sobre el rey africano Yugurta y sobre los cimbrios y teutones. Como político se situó a la cabeza del sector de los populares ejerciendo en seis ocasiones el consulado, aunque no pudo concluir su ambiciosa reforma democrática. Busto en mármol, Museos Vaticanos, Roma.

las asambleas y el Senado en beneficio de los *populares* al sumar al apoyo de este último sector el de los *equites*, los caballeros, y llevar a cabo una serie de reformas militares, económicas y sociales de gran repercusión.

El devenir social y el del propio Estado requerían una ampliación de la ciudadanía que garantizara las instituciones políticas y sociales del nuevo sistema republicano. La tensión entre *optimates* y *populares* y el asesinato del tribuno de la plebe Livio Druso condujeron a una rivalidad muy acusada entre la población romana y los aliados itálicos que terminó desembocando en la llamada Guerra Social (91-89 a. C.). Fue esta una guerra cruenta que tuvo como consecuencia inmediata la progresiva adjudicación de la ciudadanía romana al grueso de la población latina de la península itálica y un nuevo modelo de gobierno en las provincias.

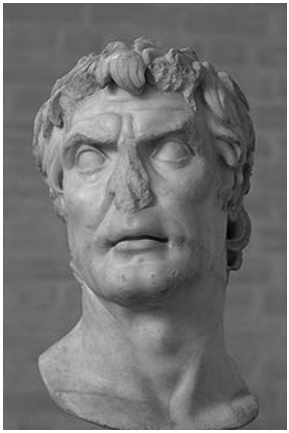
En la Guerra Social, Mario y Sila desempeñaron un papel crucial. Tras serle concedido una serie de honores, Sila se convirtió en el líder de los *opti-*



El Bronce de Ascoli, que evidencia el empleo de unidades no itálicas como miembros del ejército, recoge la concesión de la ciudadanía romana a un conjunto de provinciales hispanos en el 89 a. C. por el valor demostrado durante la Guerra Social.

mates y resultó elegido cónsul en el 88 a. C. Tras el ejercicio del consulado, recibió del Senado el mando sobre las legiones que debían embarcar a comienzos del 87 a. C. para acabar con el rey del Ponto, Mitrídates VI Eupátor. No obstante, el tribuno de la plebe Sulpicio Rufo logró retirar el mandato proconsular de Sila concediéndoselo a Mario. Ante tal medida, Sila, que estaba preparando la campaña de Oriente, asaltó Roma acompañado de la totalidad de sus efectivos militares, provocando que Mario, a pesar de ser apresado por los agentes de Sila, lograra huir a África y regresar más tarde a Roma aprovechando la ausencia de su enemigo. Mientras tanto, los nuevos cónsules, Lucio Cornelio Cinna y Cayo Octavio declararon a Sila golpista fuera de la ley. Asentado en Roma, Mario se dedicó a acabar con sus enemigos hasta que murió en el 86 a. C.

En la primavera del 83 a. C., Sila regresó triunfal después de derrotar a Mitrídates VI. Cinna, el nuevo dirigente popular, que no fue capaz de contrarrestar sus avances, falleció poco después a manos de sus



Sila (138-78 a. C.) fue el máximo exponente de la causa *optimate*, y se proclamó dictador perpetuo en el 82 a. C. tras vencer a Cayo Mario y a sus sucesores. Después de tres años de privación de las libertades ciudadanas, renunció al cargo retirándose de la vida pública. Busto en mármol, Gliptoteca, Múnich.

propios hombres. Ausentes de un dirigente que los condujera a la victoria, los *populares* fueron derrotados por los veteranos de Sila, quien en el 82 a. C. entró en Roma nombrándose dictador.

Cuando Sila se hizo con el poder mantuvo los privilegios concedidos a los nuevos ciudadanos, pero llevó a cabo una serie de reformas legales para que no se reprodujeran los altercados sociales y económicos anteriores. Así pues, consolidó su poder mediante la ocupación de los cargos principales del Estado. Además, intentó acabar con las facultades legislativas del tribunado de la plebe al impedir a sus miembros que tras el ejercicio de su magistratura pudieran desempeñar otra. Detentó plenos poderes jurisdiccionales para la reorganización del Estado en beneficio de la oligarquía y de la clase senatorial mediante el control exclusivo de los tribunales. Innovó con el ejercicio de la dictadura extraordinaria sin limitación, al llevar a la práctica una serie de reformas con una superioridad primordial tanto a nivel político como militar. Sus dispo-

siciones significaron la restauración de la república oligárquica pregracana, así como una amplia reforma constitucional intensificando el poder de los senadores y afectando a la población itálica. La reestructuración del Estado romano como consecuencia de la obra legislativa de Sila encauzó un proceso de racionalización del aparato estatal, y las medidas silanas no continuaron sobremanera el anterior proceso colonizador o municipalizador.

Aunque Sila sorprendiese a todos renunciando personalmente a la dictadura en el 79 a. C., ofreció el primer modelo de poder unipersonal consolidado. Este modelo político se completaría totalmente con Cneo Pompeyo Magno, quien en la década de los 70 a. C. reunirá más atribuciones que ningún otro político hasta poner en entredicho la carrera política de Julio César.

Finalmente, con la abdicación de Sila se inició la última crisis de la República tardía, es decir, el período comprendido entre su propia muerte en el 78 a. C. y el comienzo de la dictadura cesariana en el 49 a. C., apareciendo plenamente en la escena política romana Pompeyo y Julio César. Fue en este momento cuando se produjo la descomposición del régimen aristocrático. Es decir, el régimen nobiliario que imperaba hasta entonces fue sustituido por individuos con poder militar que asentaron los principios de lo que más tarde sería el régimen imperial. La iniciativa cesariana contra el orden establecido será consecuencia inmediata de la crisis iniciada hacía más de un siglo; y ello es así por cuanto actuó popularmente recogiendo el relevo de los hermanos Graco y convirtiéndose en el nuevo reformador social, ganando el apoyo tanto del sector popular como de las familias patricias que se encontraban en una situación cada vez más precaria.

Por consiguiente, la crisis tardorrepublicana no encontró solución sino con la derrota de los ideales



Los poderes extraordinarios concedidos a Cneo Pompeyo Magno (106-48 a. C.) evidenciaron la inadecuación del ordenamiento republicano a las nuevas necesidades derivadas de su proyección imperialista. Formó con Cayo Julio César y Marco Licinio Craso el Primer Triunvirato y ejerció una brillante carrera militar a lo largo de dos décadas. Murió asesinado en Alejandría tras ser derrotado por el bando cesariano en la guerra civil. Busto de Cneo Pompeyo Magno realizado en marmol. Gliptoteca, Múnich.

políticos de naturaleza *optimate*, pues, como veremos, tras la derrota pompeyana Julio César pondría en marcha medidas acordes con la tradición popular.

Los orígenes familiares de Cayo Julio César

Cayo Julio César, hijo del político popular del mismo nombre y de Aurelia, nació en el humilde barrio romano de la Subura en el seno de una familia patricia y de corte popular el 13 de julio del 100 a. C., tres días antes de los idus de *Quintilis*, mes que durante la dictadura cesariana sería rebautizado con el nombre de julio en su honor.

Por vía paterna pertenecía a la familia de los *Iulii*, una familia noble de escaso impacto político que decía remontar sus orígenes a la diosa Venus y Anquises, padre de Eneas y abuelo de Ascanio, entroncando así con la leyenda troyana. Por vía materna pertenecía a la familia de los *Aurelii Cottae*, estirpe que remitía su ascendencia a Anco Marcio, uno de los reyes romanos de la dinastía latino-sabina.

Su *cognomen*, esto es, *César*, se ha relacionado con las peculiaridades de su nacimiento mediante la práctica de cesárea, lo que parece poco probable ya que se trataba de una práctica poco difundida en el siglo I a. C., y es sin duda más certero que naciese mediante parto natural. Igualmente, se ha considerado en ocasiones que ese *cognomen* derivase de la hazaña llevada a cabo por un antepasado contra los cartagineses, por medio de la cual habría conseguido acabar con un elefante, animal que según aquel pariente se pronunciaba *caesar* en púnico. Del mismo modo que la anterior, esta tesis resulta infundada, pues la palabra *elefante* se construye en





Situado al oeste del Foro, y correspondiente con el actual barrio de Monti, la vida en el humilde barrio de la Subura propició a Julio César estar en contacto directo con la plebe y desenvolverse cómodamente entre extranjeros. Maqueta Gismondi, Museo della Civiltà, Roma; plaza de la Suburra, Roma.

púnico con la raíz *pl-*. No obstante, el elefante fue adoptado como el emblema de los *Iulii*. Incluso se ha llegado a indicar que el *cognomen* significaba 'peludo', y que la familia cesariana era famosa por el grosor de sus cabellos.

En repetidas ocasiones sus familiares intentaron vincularse matrimonialmente con las familias más influyentes de Roma para ocupar las más altas magistraturas. Siguiendo esa práctica, su abuelo contrajo matrimonio con una mujer de la poderosa *gens Marcia*, y su hija Julia, tía de nuestro protagonista, contrajo matrimonio a su vez con Mario, quizás la única figura masculina que pudo influir a Julio César durante su juventud. En realidad, fue precisamente ese matrimonio el que en primera instancia le posibilitó tener acceso a los círculos dirigentes del sector popular.

Los inicios de Cayo Julio César

Su padre culminó su carrera política tras alcanzar la pretura en el 85 a. C. Sin embargo, moriría pocas semanas después cuando sufrió un repentino ataque cardiaco mientras se calzaba. Julio César era aún un joven muchacho, aunque había dejado la *toga praetexta* de borde púrpura, usada sólo por muchachos y magistrados, para vestir la *toga virilis*, típica de un adulto, convirtiéndose en el *paterfamilias* o cabeza de familia. Huérfano de padre, y tras haber recibido desde los diez años una completa educación por parte del reputado maestro Marco Antonio Gnifón, Julio César ocupó en el 85 a. C. el cargo de *flamen dialis*, es decir, sumo sacerdote del culto a Júpiter, nombramiento en el que intervino su tía Julia para evitar su incursión en la carrera militar. En este sentido, resulta llamativo que la

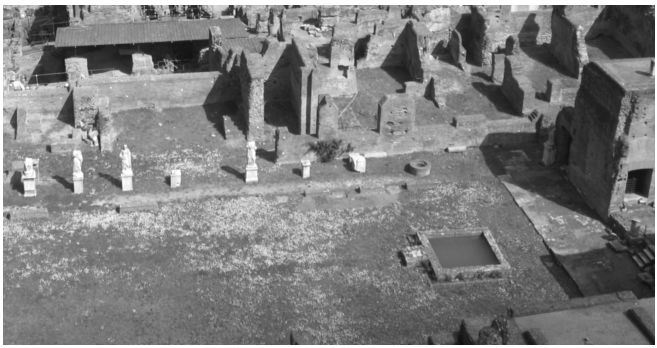
presencia femenina en su vida personal y en su carrera política fuera tan numerosa e influyente en medio de una sociedad que era notablemente masculina. Ese cargo, el de *flamen dialis*, suponía la entrada automática en el Senado, por lo que tuvo derecho a acceder a éste a la prontísima edad de quince años.

En estos precisos momentos en que quedaba libre de toda tutela paternal, bajo la influencia de su madre y su tía quebró los lazos matrimoniales que lo unían con su prometida Cosucia, hija de un adinerado caballero romano de origen plebeyo, para contraer matrimonio en el 84 a. C. con Cornelia, hija de Lucio Cornelio Cinna, quien había compartido el consulado con Mario en el 87 a. C., enlace que acarreó fuertes repercusiones políticas ya que Julio César se aferraba todavía más a la corriente popular al añadir a su condición de sobrino del fallecido Mario la de yerno de Cinna. Ese matrimonio, de claros tintes políticos, le propició por otra parte el nacimiento en el 83 a. C. de su única hija legítima, Julia, así como poder fortalecer mucho más las relaciones con el partido popular. No obstante, pese a su enorme y primordial trasfondo político, esa unión estuvo siempre caracterizada por una relación muy afectiva. Como tendremos ocasión de ver más adelante en las relaciones que Julio César mantuvo con distintas mujeres de muy diversos círculos, las razones de índole política prevalecían sobre las sentimentales, pues parece que él se burlaba de los esposos de dichas mujeres con quienes guardaba estrechos vínculos políticos.

Tras haber derrotado a Mitrídates, Sila regresó a Roma ese año, el 83 a. C., como un general victorioso para llevar a la práctica una política dictatorial represiva. Como dictador hizo pública una lista de proscritos en la que figuraban todos sus enemigos

políticos. También asumió la competencia de promulgar leyes y reorganizar el Estado, reforzando con ello el poder del Senado y de la aristocracia, e impidió el acceso de los descendientes de sus enemigos a cargo alguno, confiscando y sacando a pública subasta sus bienes. Puso además en práctica un proceso colonizador asentando a sus veteranos en las fincas que había confiscado a los proscritos. Pero distintas circunstancias político-administrativas y personales, como su avanzada edad, llevarían a Sila a dar por concluida su dictadura en el 79 a. C. como ya vimos, retirándose de la vida pública, medida que benefició considerablemente a los *populares*, y muriendo en su mansión de Puzzoli, en el golfo de Nápoles, un año después.

Las medidas silanas afectaron a los dirigentes populares Mario y Cinna, así como a sus familiares. Tal fue el caso de Julio César, a quien Sila, que lo veía como la nueva personificación de la causa popular, ordenó que se divorciara de Cornelia, orden que aquel se negó a aceptar aun siendo acatada por su familia. La negativa sirvió de pretexto para que Sila lo declarase proscrito, y así, declarado como tal, se pudieran confiscar todas sus pertenencias, de manera que Julio César perdería la categoría de ciudadano romano y su rango de *flamen dialis*. Julio César, que en aquellos momentos estaba aquejado de una extraña enfermedad, huyó como pudo a las montañas refugiándose entre la población sabina. Aun cambiando cada noche de refugio, el silano Cornelio Fagitas logró capturarlo. Sin embargo, no fue entregado, pues compró su libertad. Su familia pidió clemencia para que el joven fuese indultado, indulto que se logró gracias a la mediación de su madre y de las vírgenes vestales, así como de otros parientes como Cayo Aurelio Cotta, quienes lograron movilizar a la opinión pública.

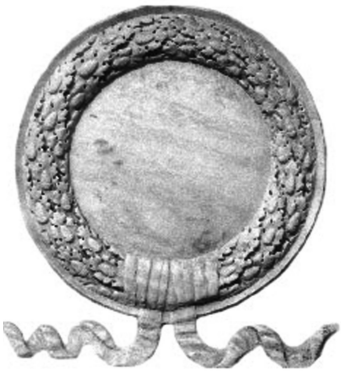


Gracias al amparo de las vestales, Julio César salvó la vida en su juventud. Detalle de las ruinas del templo de las Vestales en Roma (fotografía realizada por el autor).

Sila accedió finalmente a concederle el perdón pronunciando unas vaticinadoras palabras recogidas por Suetonio: «Lo habéis logrado; conservadlo vivo, pero os advierto que ese joven al que consideráis descuidado un día os causará vuestra ruina y la de nuestro partido, porque en César hay muchos Marios».

Temeroso de permanecer en Roma, en el 81 a. C. creyó que lo más correcto era progresar en la carrera política marchando al servicio del propretor Marco Minucio Termo en calidad de ayudante personal. A su servicio en Oriente, participó en el asedio de Mitilene (Lesbos), ciudad aliada de Mitrídates VI. Ante el irónico asombro de Sila, sus valerosas actuaciones le permitieron obtener la corona cívica por la que, a tenor de las medidas silanas, podría acceder a ocupar un puesto en el Senado.

Durante su estancia lejos de Roma se le envió a la corte de Nicomedes IV Filopátor, rey de Bitinia, reino aliado situado entre el mar Negro y el mar de Mármara, con la empresa de poder reforzar los



La adquisición de la corona cívica, que daba derecho a ocupar un puesto en el Senado, se conseguía por haber mostrado un comportamiento digno y valeroso en campañas militares.

lazos diplomáticos y militares. La amistad que nació entre ambos suscitó numerosos rumores y burlas que sirvieron para poner en entredicho la verdadera orientación sexual de Julio César. Estos rumores se multiplicaron por el simple hecho de que, transcurrido un tiempo, retornó de Roma a Bitinia alegando motivos nimios e intrascendentes. Este episodio puso en duda su virilidad, pues se decía que fue a Bitinia a continuar su romance con el rey, aunque su hombría quedaba salvada gracias a su fama de adúltero y promiscuo, pues fue un galante seductor al que ninguna mujer podía evitar, ya fuera rica o pobre, romana o no romana, haciendo de la relación amorosa y del sexo el mejor vehículo para la consecución de fines políticos o administrativos. Según Dión Casio, soportaba las groserías de sus enemigos y de sus propios soldados que durante el triunfo de las Galias años después cantarán con tono burlesco los siguientes versos: «César subyugó las Galias, Nicomedes a César: he aquí que ahora triunfa César, que subyugó las Galias, y no triunfa Nico-

medes, que subyugó a César». Pero Julio César no se preocupaba de las ocurrencias relativas a su vida sexual. Con todo ello, es muy posible que detrás de esta relación no hubiese un amor homosexual que muchos han querido ver, sino una relación diplomática basada en el intercambio de información y el respaldo mutuo entre ambos, así como un gusto por el lujo, la realeza y el helenismo que tanto atraían al romano. Así, como afirma la investigadora italiana Eva Cantarella, ofrecía a los romanos una actitud y una imagen sexual que escapaba de los patrones tradicionales, es decir, la de un hombre que seguía manteniendo su virilidad incluso cuando podía ser sexualmente sometido.

Sea como fuere, logró establecer con Bitinia unos fuertes lazos clientelares y de amistad, hasta el punto de que, a la muerte de Nicomedes IV en el 74 a. C., su reino sería incorporado a las posesiones romanas como una provincia más al haber sido designada Roma como heredera.

Después de fortalecer los lazos diplomáticos con Bitinia, Julio César se puso al servicio del procónsul Servilio Isáurico, quien combatía a la piratería cilicia que, procedente del sudeste de la península de Anatolia, operaba a lo largo de todo el mar Mediterráneo. Poco tiempo después, en el 78 a. C., supo de la muerte de Sila y de la insurrección fracasada del cónsul Marco Emilio Lépido contra la legislación silana. Estos acontecimientos le empujaron a retornar a Roma. Recién llegado a la capital pudo ver cómo Sila se había ocupado, antes de su muerte, de forjar unos sólidos cimientos a favor de los *optimates* y de los valores tradicionales de la República. Entre el 77 y el 76 a. C. se ocupó de denunciar las inclemencias y abusos de hombres del régimen silano como Cneo Cornelio Dolabela o Antonio Hybrida, actuación que le permitió lograr un merecido prestigio como



Las relaciones entre dos hombres adultos, como en el supuesto de Julio César y Nicomedes, eran muy problemáticas y estaban reguladas por una doble moral. Moneda con la efigie de Nicomedes IV de Bitinia.

uno de los mejores oradores de Roma. Paralelamente a todo ello, la muerte del dictador había favorecido el desarrollo de conflictos civiles como la resistencia de Quinto Sertorio en Hispania o la revuelta servil de Espartaco.

Para conseguir cierta popularidad e introducirse en la administración del Estado ejerció labores en materia legislativa, administrativa o propagandística, donde su capacidad retórica le permitió poder ganar la fama y el prestigio que tanto ansiaba.

Asimismo, con el objeto de ampliar sus conocimientos en retórica, marchó a la escuela del maestro Molón de Rodas en el 75 a. C., viaje que le deparó ser víctima de un secuestro a manos de los piratas cilicios en la isla egea de Farmacusa, a la altura de las riberas de Caria. En ningún momento se sintió cohibido por sus raptores. Les dijo con arrogancia que pagaría el rescate, que él mismo elevó a la cantidad de cincuenta talentos, y que sería él quien después los crucificaría. Julio César permaneció en uno de los escondites que los piratas cilicios tenían en el mar



Mitrídates VI (132-63 a. C.), rey del Ponto desde el 121 a. C., aprovechó las desavenencias internas y externas de la administración romana para convertirse en una gran amenaza. Busto en mármol de Mitrídates VI, Museo del Louvre, París.

Egeo acompañado de un médico y un par de esclavos, mientras que la mayoría de sus raptores fueron a la búsqueda del rescate. Durante su cautiverio, actuó como si fuera el amo de sus secuestradores, pues pasaba los días escribiendo versos que luego les leía tachándolos de ignorantes si no les agradaban. Tras pagar rápidamente un rescate de cincuenta talentos, unos mil trescientos cincuenta kilos de plata adquiridos como dinero público, los piratas le pusieron en libertad. Acto seguido, y desobedeciendo al procónsul de Asia, Silano, marchó a Mileto, antigua ciudad griega de la costa egea de Caria, donde reclutó hombres y fletó barcos con el fin de acabar con aquellos que le habían secuestrado, objetivo que consiguió crucificando a sus captores y recuperando la suma que se había pagado por su liberación.

Mientras tanto, Mitrídates VI no reconoció el testamento de Nicomedes IV de Bitinia, por lo que inició una nueva guerra contra Roma. Julio César decidió entonces entrar en acción en Asia Menor y enfrentarse con éxito al rey del Ponto. En este

preciso momento le llegó desde Roma la noticia de que Cayo Aurelio Cotta había fallecido dejando vacante la autoridad sacerdotal máxima en el Colegio de los Pontífices, es decir, el *pontifex maximus*, cargo que ocuparía a comienzos del 73 a. C. Con el ejercicio de dicho cargo, fue consciente de la gran relevancia que tenían los puestos sagrados sin que estos interfirieran en sus ideales y aspiraciones políticas.

Su estatus se vio reforzado cuando al año siguiente consiguió su primer éxito electoral al ser elegido tribuno militar, elección que supuso su integración en la oficialidad de las legiones y llegar a ser el referente político de la causa popular. Según Suetonio y Plutarco, como tal apoyó las propuestas populares que buscaban la restauración de la potestad de los tribunos de la plebe y el retorno de los exiliados de los conflictos civiles consecuentes del régimen de Sila.

El año 70 a. C. vino marcado por el consulado de Pompeyo y del riquísimo aristócrata Marco Licinio Craso, quienes, victoriosos tras poner fin a la resistencia de Sertorio en Hispania y a la revuelta servil de Espartaco en la península itálica, acordaron la demolición del sistema constitucional silano y la reposición de las prerrogativas a los tribunos. Estas medidas favorecieron un nuevo ambiente en medio del cual Julio César pronunció en el Foro de la ciudad de Roma los elogios fúnebres de su tía Julia y de su esposa Cornelia, fallecidas ambas en el 69 a. C., por medio de los cuales obtuvo plenamente el favor popular.